

# LOS GENERALES SANTA ANNA Y PAREDES Y ARRILLAGA EN MÉXICO, 1841-1843: RIVALES POR EL PODER O UNA COPA MÁS

Michael P. COSTELOE  
*University of Bristol*

EN SU LARGA Y ESPECTACULAR carrera en la política mexicana, Antonio López de Santa Anna experimentó muchas altas y bajas, y quizá la más humillante de estas últimas ocurrió durante la primera semana de diciembre de 1844, cuando el culto a su personalidad, construido con todo cuidado a lo largo del tiempo, quedó prácticamente reducido a cenizas. Los restos de su pierna amputada, sacrificada gustosamente, según su propio relato, en defensa de la República contra los invasores franceses seis años antes (el 5 de diciembre de 1838), fueron desenterrados de la tumba donde reverentemente los había sepultado y una turbamulta airada y hostil los arrastró por las calles de la ciudad de México para diversión del populacho y escarnio suyo; un teatro recién construido que llevaba su nombre fue forzado y una estatua suya que ahí se encontraba fue reducida a pedazos; sus pinturas y retratos fueron desgarrados; fue despojado de su investidura como presidente; el Congreso votó porque fuese procesado junto con sus ministros; y se inició una serie de acontecimientos que llevaron a su derrota y a su exilio de México.

La espectacular caída en desgracia de Santa Anna en diciembre de 1844 fue el resultado de muchos factores, claramente resumidos por Bancroft: "Medidas despóticas, deshonestas y extravagantes[...] incautación y venta ilegal de bienes de la nación o de los ayuntamientos[...] contratos fantásticos, suspensión de salarios y pagos[...], malversación de

fondos''.<sup>1</sup> Con ese tipo de comportamiento, sumado a su extraordinario desprecio por las convenciones sociales, manifiesto en su matrimonio con una joven quinceañera seis semanas después de la muerte de su respetada esposa de 19 años, Santa Anna se había ganado la enemistad de todos los poderosos grupos socioeconómicos de cuyo apoyo político dependía. A principios de noviembre, había llegado la confirmación de que también había perdido la lealtad del ejército, lealtad que tan asiduamente había cultivado durante toda su carrera y de la cual, en el último de los casos, dependía su supervivencia.

El hombre que inició la campaña militar que condujo a la humillación de Santa Anna fue el general Mariano Paredes y Arrillaga, el mismo que, tres años antes, había sido determinante para llevar al primero al poder.

Aliados estrechamente con un oficial del tercer ejército, el general Gabriel Valencia, en julio de 1841 habían organizado y ejecutado una bien planeada revuelta en contra del gobierno del general Anastasio Bustamante.<sup>2</sup> ¿Por qué, entonces, se volvió Paredes contra Santa Anna y qué era lo que había avinagrado las otrora estrechas relaciones entre ellos? Entre los motivos de Paredes se encontraban, sin duda alguna, la ambición y la oportunidad de aprovechar el descontento generalizado que Santa Anna había provocado; con todo, también es claramente probable que el despecho personal y un sentimiento profundo del honor ofendido surgido de un solo incidente, más bien grotesco, hayan sido la principal inspiración de Paredes. Mucho tiempo después de los acontecimientos, el propio Santa Anna seguía creyendo que los actos de su antiguo compañero de armas habían sido motivados por el resentimiento personal y el orgullo ofendido. De esas relaciones entre Santa Anna y Paredes y, en particular, de un incidente que ocurrió la noche del 7 de marzo de 1843 se ocupa este artículo.

Paredes es uno de los muchos generales-políticos del México del siglo XIX sobre los que poco se ha escrito y aún menos

<sup>1</sup> BANCROFT, 1887, v, p. 281.

<sup>2</sup> Véanse los detalles de esta revuelta en COSTELOE, 1988, pp. 337-360.

se sabe.<sup>3</sup> Nacido en la ciudad de México en 1797, su carrera había seguido un patrón casi convencional, paralela en muchos sentidos a la del propio Santa Anna, quien naciera tres años antes. Después de algunos años de escuela, Paredes alcanzó el grado de oficial cadete en 1812 en un regimiento de infantería español y vio mucha acción durante la guerra de independencia: tomó parte en 22 combates contra las fuerzas insurgentes.<sup>4</sup> Después, como Santa Anna y tantos otros jóvenes oficiales de su generación, desertó la causa española y se unió al Plan de Iguala de Iturbide en marzo de 1821. Su ascenso había sido lento y apenas había alcanzado el grado de comandante de batallón —en 1821, Santa Anna ya era teniente-coronel, y fue ascendido a general poco después. Como Santa Anna, asimismo, se rebeló contra Iturbide y aceptó el sistema de gobierno republicano, apoyado en la época por los veteranos de más alto rango de la guerra de independencia, como Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Vicente Guerrero; sin embargo, la recompensa por su apoyo al bando victorioso fue insignificante y sólo recibió puestos militares menores durante los años siguientes. Más tarde se vio favorecido por el régimen pro centralista de Anastasio Bustamante, quien ascendió al poder en 1830, y rápidamente fue promovido al grado de coronel, en 1831, y al año siguiente, a la edad de 35 años, al de general.

Hasta ese momento de su carrera, Paredes había sido un activo y comprometido oficial militar y parece que no había participado en ninguna actividad política, interés que había sido tan característico de Santa Anna y sus generales colegas. En 1835, como parte del proceso de desmantelamiento del sistema federal, Santa Anna encabezó un ejército contra el pro federal estado de Zacatecas y Paredes recibió el mando de una brigada a la que dirigió exitosamente en la batalla de Guadalupe, y en la que fueron vencidas las fuerzas zacatecanas. De nueva cuenta, la recompensa por el éxito no llegó particularmente pronto; no obstante, después de participar en otras

<sup>3</sup> Los siguientes detalles biográficos se basan en RIVERA CAMBAS, 1965, v, pp. 129-151; ROBERTSON, 1955.

<sup>4</sup> RIVERA CAMBAS, 1965, v, pp. 130-131.

campañas contra los federalistas rebeldes y de unos cuantos días como ministro de guerra nominal en 1838, finalmente fue nombrado comandante general del departamento de Jalisco.

Habiendo arribado a una posición de alto rango en el ejército y como principal autoridad militar de una región importante, se le presentó la oportunidad de consolidar su imagen personal y su ideología política. No contaba con un aspecto físico llamativo —según un contemporáneo, era “pequeño de cuerpo, de roma nariz y ojos pequeños, pelo lacio, erguido y pretencioso”— y adquirió la reputación de ser orgulloso, arrogante y desusadamente pendenciero, característica que, se dice, lo hizo impopular entre sus colegas y fue la causa de su lento ascenso.<sup>5</sup> Gracias a su matrimonio, Paredes había logrado ingresar a una rica familia de Guadalajara emparentada con varias casas nobles de España y México, y él y su círculo se convirtieron en los dirigentes de la sociedad guadalajarenses. Se dice que su esposa —devota católica romana, enemiga intolerante y amargada de los liberales anticlericales— poseía una personalidad dominante y ejercía una fuerte influencia sobre él, en especial en cuestiones religiosas.<sup>6</sup>

Terrateniente con una posición asegurada financiera y socialmente, Paredes reflejaba en sus opiniones políticas el sentir del medio en que vivía. Era un ardiente centralista y un conservador ferviente que admiraba la estabilidad y la sociedad de clases de la era colonial.<sup>7</sup> Se sentía profundamente orgulloso de su carrera en el ejército, despreciaba a quienes llamaba “los terribles y perniciosos proletarios” y creía que la democracia liberal y la estructura federal, tan caras a muchos de sus contemporáneos, eran inadecuadas para su país en el

<sup>5</sup> La descripción física de Paredes se encuentra en PRIETO, 1948, II, pp. 121-122. En RIVERA CAMBAS, 1965, p. 125, aparece un retrato que, aunque estilizado, confirma la descripción de Prieto.

<sup>6</sup> PRIETO, 1958.

<sup>7</sup> Arrangoiz afirma que, en 1832, Paredes le comunicó personalmente su opinión de que sólo una monarquía podía salvar a México de la anarquía y de Estados Unidos; algunos años más tarde, en 1846, Paredes participó en un intento por establecer una monarquía. Véase ARRANGOIZ, 1968, p. 389; SOTO, 1983.

estado de desarrollo en que se encontraba entonces.<sup>8</sup> México, le parecía, podía y debía ser gobernado únicamente por una alianza del ejército y las clases ricas y pudientes, incluido el clero, cuya educación, propiedad de bienes y honor les permitirían mantener la estabilidad política sin la cual el país nunca lograría progreso alguno. Para él, permitir que el proletariado participase en el proceso político y otorgar el voto a los campesinos iletrados o al populacho urbano era ilógico y carente de sentido. Más aún, permitir que el proletariado fuese electo al Congreso sin distinción entre las clases trabajadoras y los propietarios de bienes era una invitación a la anarquía. Era, más bien, escribió, como sostener un consejo de guerra en el que todos, generales, oficiales y hombres, tienen voto; obviamente, los hombres deben ganar. En lugar de eso, lo que se necesitaba era atraer a “las clases acomodadas, que son en política lo que en la guerra los Generales”.<sup>9</sup>

Paredes, neto reaccionario político y fuerte pro clerical, era respetado por la élite social del clero, los comerciantes y los propietarios que dominaban Jalisco y su ciudad capital, Guadalajara.<sup>10</sup> Sus estrechas relaciones con la comunidad mercantil local constituyeron el factor primordial de su decisión de unirse en el verano de 1841 a la conspiración que se tramaba en contra del gobierno de Bustamante. A principios de agosto, apoyado por préstamos de los comerciantes y con la cooperación previamente pactada de Santa Anna, inició un pronunciamiento, se apoderó rápidamente de la ciudad y el departamento y se autonombró gobernador, investidura que añadió a su mando militar. Los acontecimientos de las si-

<sup>8</sup> Correspondencia “Paredes y Arrillaga-José María Tornel”, 10 de mayo de 1842, en los archivos de la Benson Latin American Library, University of Texas, García Collection, Paredes y Arrillaga Papers, 140/43. Esta carta fue publicada en GARCÍA, 1974, pp. 25-27.

<sup>9</sup> Correspondencia “Paredes y Arrillaga-Santa Anna”, 29 de abril de 1842, en GARCÍA, 1974, pp. 20-21. Una serie de cartas enviadas por Paredes a Santa Anna y Tornel en abril y mayo de 1842, publicadas en GARCÍA, 1974, pp. 15-59, revelan sus ideas políticas. En REYES HERÓLES, 1974, II, pp. 228-340, se encuentra un útil resumen de las opiniones de Paredes.

<sup>10</sup> Según el diplomático estadounidense Waddy Thompson, quien se encontraba en México en la época, Paredes era “muy querido y respetado” en Guadalajara; véase THOMPSON, 1846, p. 85.

guientes semanas no conciernen a nuestro tema; baste decir que, al frente de un heterogéneo ejército de quizá mil miembros, incluso algunos partidarios, pronto partió hacia la ciudad de México, donde, a mediados de septiembre, era evidente que el gobierno no podría sostenerse durante mucho tiempo más. Unos días antes de que éste cayera, Paredes se encontró con Santa Anna y Gabriel Valencia en Tacubaya, a orillas de la capital, para repartirse el botín de la victoria. No sabemos qué fue lo que se dijo entre los muros del palacio del arzobispado de Tacubaya cuando los tres generales, o soberanos aliados, como los describió la señora Calderón de la Barca, se reunieron en torno a la mesa de conferencias, sólo que Santa Anna surgió triunfante y se apoderó de la presidencia con facultades casi irrestrictas conforme a las *Bases de Tacubaya*, que fueron aceptadas como el manifiesto político de las fuerzas rebeldes.<sup>11</sup>

Tampoco está claro cuál fue la actitud de Paredes ante el producto de sus esfuerzos. Según una opinión, el resultado lo satisfizo, pues creía que Santa Anna era el más calificado para tomar la presidencia.<sup>12</sup> Otras fuentes, en cambio, sugieren que de ninguna manera se sintió satisfecho con su parte del botín porque, como antes en su carrera, la recompensa a sus esfuerzos fue mínima. En efecto, mientras que Valencia recibió subsecuentemente varios favores de Santa Anna y se enriqueció gracias a ellos, Paredes tuvo que contentarse con el ascenso a general de división y la confirmación como gobernador y comandante general de Jalisco.<sup>13</sup>

Por ende, no sabemos cuál era el humor de Paredes cuando partió de la capital para regresar a Guadalajara ni, si sus relaciones con Santa Anna y Valencia se habían relajado, en qué medida lo habían hecho. Sin embargo, pronto surgieron indicios de que no todo estaba bien por un asunto que se convirtió en una colérica disputa pública con Valencia. Éste decidió publicar un manifiesto en el que justificaba su conducta en la revuelta y donde, en particular, rendía cuentas de los fondos

<sup>11</sup> CALDERÓN DE LA BARCA, 1970, p. 427.

<sup>12</sup> BANCROFT, 1887, v, p. 229.

<sup>13</sup> RIVERA CAMBAS, 1965, v, p. 132; ROBERTSON, 1955, pp. 149-150.

que había utilizado.<sup>14</sup> En este manifiesto, afirmaba haber enviado 20 000 pesos a Paredes, quien inmediatamente publicó su propio manifiesto y cuentas, donde negaba haber recibido dinero alguno de Valencia.<sup>15</sup> Siguióse una airada correspondencia entre los dos generales, cada uno de los cuales entregaba las cartas a la prensa, en la que Paredes siguió insistiendo en que Valencia estaba en un error y éste, a su vez, en que no era así y en que tenía recibos y otros documentos para probarlo.<sup>16</sup>

Todo el asunto, quizá trivial en sí mismo, fue para Paredes un grave insulto a su reputación de hombre probo e íntegro y, aunque pronto desapareció de las páginas de la prensa diaria, fue algo que no olvidó, como tampoco aceptó las seguridades de Valencia en el sentido de que éste no había intentado menospreciar su honor personal. Mientras tanto, Santa Anna parecía haberse mantenido al margen de esa disputa pública entre sus aliados más cercanos, pero unas semanas más tarde, en abril de 1842, él también encontró razones para reñir con Paredes. En marzo y a principios de abril de ese mismo año se habían llevado a cabo elecciones para un nuevo Congreso y, para gran enojo de Santa Anna, sus enemigos políticos de entre los liberales y los federalistas habían obtenido la mayoría.<sup>17</sup> Frente a lo que seguramente sería un Congreso hostil a él y al ejército, Santa Anna inició un proceso de consulta entre sus amigos, incluido Paredes, respecto al curso de la acción que debían emprender a la luz de los resultados de las elecciones. Así, envió a Guadalajara a un emisario personal, Francisco Morphy, a conferenciar con Paredes y, aunque las pruebas son circunstanciales, es muy probable que Santa Anna haya contemplado la idea de tomar el poder por completo ayudado por el ejército para elevarse él mismo al rango de dictador mi-

<sup>14</sup> “Manifiesto del ciudadano Gabriel Valencia, general de división y jefe de la plana mayor del ejército, sobre su conducta en la última revolución”, 1º de octubre de 1841, en *El Cosmopolita* (18 dic. 1841).

<sup>15</sup> “Exposición que el general D. Mariano Paredes y Arrillaga hace a sus conciudadanos en manifestación de su conducta política, militar y económica en la presente revolución”, en *Siglo XIX* (23 oct. 1841).

<sup>16</sup> Esta correspondencia fue publicada en *El Siglo XIX* (31 dic. 1841; 5 ene. 1842).

<sup>17</sup> Véase COSTELOE (en prensa).

litar. Paredes se opuso a la idea y arguyó que Santa Anna no contaba con el apoyo político necesario para tal maniobra. Poco después de la entrevista de Paredes con Morphy, empezó a correr en Guadalajara el rumor de que Santa Anna estaba conspirando para establecer una dictadura. Según parece, Santa Anna consideró que había habido una violación de lealtad y confianza y escribió a Paredes una carta en la que lo acusaba de ser la fuente del rumor y le exigía que le pusiera un alto. En su respuesta, Paredes negó que él hubiese iniciado rumor alguno o dicho a nadie de la visita de Morphy y “el secreto que se me confía”.<sup>18</sup>

El tono recriminatorio y el contenido de esa correspondencia con Santa Anna indican que, una vez más, Paredes sintió que su honor y lealtad eran puestos en tela de juicio. Por su parte, Santa Anna no hizo más referencias al asunto y dedicó su tiempo durante los siguientes meses a encargarse del problema del Congreso. Como había dicho a Paredes que haría, cuando quedó claro que los diputados estaban resueltos a elaborar una constitución pro federalista y a introducir grandes reformas en el ejército, provocó una rebelión y se valió de sus aliados militares para clausurar la asamblea por la fuerza. Habiendo afirmado su autoridad sin ninguna dificultad real, anunció que sería convocada una nueva asamblea, o Junta de Notables, nombrada en su mayoría por él mismo, para redactar una constitución.

Paredes pasó el verano y el otoño de 1842 concentrado en sus deberes como gobernador de Jalisco y fomentando su reputación de administrador eficiente y honesto. Impulsó numerosas reformas y varias empresas nuevas; por ejemplo: la ejecución de diversas obras públicas, incluidas la pavimentación de calles, la reparación de la red de suministro de agua de la ciudad, la construcción de puentes y la reparación de caminos. Asimismo, se hicieron esfuerzos por limpiar de ladrones las calles de la ciudad y de bandidos las zonas rurales y se inició la construcción de una nueva prisión. Manifiestamente deseoso de mejorar la infraestructura escolar, Paredes reunió fondos para la reapertura del Colegio de San Juan y promovió

<sup>18</sup> GARCÍA, 1974, p. 30.



la fundación de un instituto vespertino para adultos, en el que se enseñaba a leer y escribir a más de cien estudiantes. También ayudó, en fin, a la creación de una escuela de artes y oficios. Esas actividades aumentaron el respaldo de que gozaba en la región, en particular el del clero local, el cual describió la conducta de Paredes en el ejercicio de sus funciones como “la más pura, íntegra y desinteresada que puede apetecerse”.<sup>19</sup>

Desde el punto de vista de la situación política nacional y dada su ahora bien fundada reputación como firme defensor del ejército, antiliberal y pro centralista, a nadie sorprendió que apoyara la maniobra de Santa Anna en contra del Congreso.<sup>20</sup> Como parte de la propaganda preliminar al ataque contra los legisladores, presentó una proclama en nombre de la guarnición de Guadalajara y los funcionarios públicos contra los diputados liberales. Dicha proclama comenzaba por afirmar que la constitución propuesta provocaría la anarquía y la disolución social, que la nación no quería un retorno a la constitución federal de 1824 y que las reformas propuestas para el ejército reducirían a los militares a la categoría de bandidos y criminales.<sup>21</sup>

La proclama estaba fechada el 14 de diciembre de 1842, esto es, cinco días antes de que el ejército avanzara contra el Congreso, y parece que fue suficiente para confirmar a Santa Anna la lealtad de Paredes, ya que, cuando fueron hechos públicos los nombres de los miembros de la junta de Notables, el 23 de diciembre, el de Paredes había sido incluido entre ellos. Dadas las turbulentas circunstancias de la época, no era desusado el que alguien fuese nombrado como miembro de tales cuerpos sin antes haber sido consultado si estaba dispuesto a

<sup>19</sup> “Detalles de representaciones del concejo municipal de Guadalajara” 13 de marzo de 1843 en *El Siglo XIX* (28 mar. 1843), y “Capítulo Diocesano de Guadalajara” 20 de marzo de 1843 en GARCÍA, 1974, pp. 53-55.

<sup>20</sup> THOMPSON, 1846, p. 84, lo describe como “un hombre de talento y habilidades en su profesión”; y CUEVAS, 1940, p. 633, como “de auténtico temperamento bélico”.

<sup>21</sup> “Representación que la guarnición y varios empleados del departamento de Jalisco dirigen al supremo gobierno provisional”, 14 de diciembre de 1842, en *El Cosmopolita* (24 dic. 1842). Paredes publicó también su propia proclama defendiendo la clausura del Congreso; véase *El Cosmopolita* (7 ene. 1843).

servir, por lo que no sabemos si Paredes fue avisado previamente de su nombramiento. Sea lo que fuere, lo aceptó, aunque, al hacerlo, se le exigió no sólo que renunciara a sus puestos de comandante general y gobernador de Jalisco sino también que abandonara a su numerosa familia para viajar a la ciudad de México e instalarse en ella. Su decisión de abandonar su base de poder en Jalisco por lo que era un puesto relativamente menor en la nueva asamblea asombró a sus amigos y partidarios de Guadalajara, quienes pronto empezaron a tratar de convencerlo de que regresara.<sup>22</sup> Aunque no confiaba en él, parece que su ambición lo persuadió a aceptar una tentadora oferta que Santa Anna le había hecho y que no era del dominio público. En una carta que le dirigió cierto tiempo después, Santa Anna recordaba a Paredes que le había pedido que viniera a la capital para fungir como presidente interino durante sus ausencias en su finca rural.<sup>23</sup> A pesar de su mutua desconfianza y de lo tirante de sus relaciones a lo largo de los últimos meses, Paredes decidió correr el riesgo y aceptar el ofrecimiento;

Aparentemente, por lo tanto, viajó a la ciudad de México para tomar su puesto en la junta de Notables, pero, poco después de su llegada, José María Tornel, ministro de la Guerra y uno de los aliados más íntimos de Santa Anna, anunció que Paredes había sido nombrado para comandar un ejército expedicionario que sería enviado a Yucatán. Ese giro en los acontecimientos provocó perplejidad en varios sentidos. Santa Anna se encontraba disfrutando de uno de sus descansos periódicos en el campo, por lo que el nombramiento de Paredes se hizo oficialmente en nombre del presidente en funciones, Nicolás Bravo. Como era bien sabido que Santa Anna mantenía siempre una estrecha vigilancia sobre las actividades que se desarrollaban en la capital durante sus frecuentes ausencias, en especial en lo concerniente a los puestos milita-

<sup>22</sup> Véase, por ejemplo, la correspondencia "F. Martínez Negrete-Paredes y Arrillaga", 27 de enero de 1843, en GARCÍA, 1974, p. 33. Martínez Negrete se refiere a la "gran sensación" causada en Guadalajara por la decisión de Paredes de ir a la ciudad de México.

<sup>23</sup> Correspondencia "Santa Anna-Paredes y Arrillaga" (23 mayo 1844), en GARCÍA, 1974, pp. 69-70.

res, parecía inconcebible que no estuviese al tanto del nombramiento de Paredes y no que no lo hubiese aprobado; sin embargo, como ya lo indicamos, afirmó haber invitado a Paredes a la capital para que se convirtiera en presidente en funciones. Paredes debe haber supuesto o sospechado cierta duplicidad de parte de Santa Anna, puesto que, en efecto, el puesto en Yucatán era equivalente al ostracismo político y una decisión peligrosa, de aceptarlo, para cualquier oficial del ejército con un poco de ambición. Esto, por supuesto, también era obvio para Tornel, a quien no le asombró el que Paredes se rehusara a aceptar alegando mala salud.<sup>24</sup> Entonces, el 20 de febrero de 1843, Santa Anna le escribió para decirle, con su acostumbrado aire de inocencia, que había tenido conocimiento recientemente del nombramiento y que, ese mismo día, se había enterado de que sufría de “un accidente en su salud” que le había impedido dejar la capital; también, que esperaba que pronto se recuperase.<sup>25</sup>

En esa misma carta del día 20 de febrero de 1843, Santa Anna anunciaba a Paredes que había decidido volver a la capital para reasumir el control del gobierno y, una semana más tarde, entre las 5:30 y las 6:00 de la tarde del 5 de marzo, entró a la ciudad, donde fue recibido con toda la pompa y ceremonia que tanto admiraba.<sup>26</sup> Casi inmediatamente se puso a trabajar, y lo primero que empezó a hacer fue introducir algunos cambios en su gabinete y en otras posiciones importantes. Algunos de esos cambios fueron anunciados al día siguiente, el 6 de marzo, en particular los del gobernador y el comandante general del Distrito de México, quienes fueron relevados de sus puestos. El nuevo comandante y gobernador general debía ser Paredes; la carta con su nombramiento formal para am-

<sup>24</sup> *El Cosmopolita* (18 feb. 1843). Aparentemente, Paredes sufría una infección urinaria; véase la correspondencia “J. M. Jarero-Paredes y Arrillaga” (24 feb. 1843), en GARCÍA, 1974, pp. 39-40.

<sup>25</sup> Correspondencia “Santa Anna-Paredes y Arrillaga” (20 feb. 1843), en GARCÍA, 1974, p. 39.

<sup>26</sup> *El Cosmopolita* (8 mar. 1843).

bos puestos fue expedida el día 7 de marzo.<sup>27</sup>

Se desconoce el momento exacto de ese 7 de marzo de 1843 en que Paredes recibió la carta con su nombramiento, pero en las siguientes horas se produjo una serie de acontecimientos extraordinarios que habrían de provocar su humillación pública y que, según Santa Anna, constituyeron la verdadera causa de la revuelta de aquél contra éste en noviembre de 1844. Existen relatos de diversos testigos de lo que ocurrió la noche del 7 de marzo y, aunque sus interpretaciones difieren, los hechos esenciales fueron aceptados por Santa Anna y la mayoría de sus contemporáneos. Con un poco de imaginación, podemos reconstruir lo sucedido como sigue.

Habiendo recibido sus nombramientos, Paredes decidió celebrar y, en compañía de al menos un ayudante, el coronel Pánfilo Barasorda, fue a tomar unas copas. Alrededor de las 10:30 de la noche, ya ebrio, se dirigió a Palacio Nacional, donde Santa Anna pasaba la noche. Una vez en la antecámara de las habitaciones de Santa Anna, se encontró con uno de los guardias, el capitán José Campuzano, y pidió ver al presidente. Campuzano se sentó sobre una cama cercana y dijo a Paredes que la entrada a las habitaciones presidenciales ya había sido cerrada esa noche. Paredes pasó a la siguiente habitación, donde fue recibido por uno de los guardias personales de Santa Anna, el capitán Francisco Nieves. Una vez más, Paredes pidió ver al presidente, pero Nieves se rehusó, indicándole que Santa Anna se había retirado a las 10:00 de la noche y que seguramente ya estaría dormido. Paredes salió de la habitación y, al toparse nuevamente con Campuzano, cuyo uniforme sólo estaba parcialmente abotonado, lo reprendió por su apariencia; Campuzano replicó que había cuatro hombres para hacer la guardia del presidente, uno siempre en servicio mientras los otros tres descansaban, y que tales eran las órdenes del gobernador de palacio. Paredes respondió que él era el comandante general y que era él quien daba las órdenes.

Sin haber logrado ver a Santa Anna, Paredes partió y, alre-

<sup>27</sup> Véanse los decretos publicados en *El Siglo XIX* los días 8 y 10 de marzo de 1843; y la correspondencia "J.M. Bocanegra-Paredes y Arrillaga" (7 mar. 1843), en GARCÍA, 1974, p. 45.

dedor de las 11:30 de la noche, acompañado todavía por Barasorda, se dirigió al cuartel del batallón de Celaya. En el patio del cuartel había varios soldados en grupos de uno o dos, incluido el oficial al mando, el general José Mariano Salas, que vieron entrar a Paredes y su acompañante; según Salas, era evidente que Paredes no tenía el control de sus facultades o, en sus propias palabras: “[Estaba] privado de sus potencias morales por el licor”. Paredes se acercó a Salas y empezó a gritarle y a reprenderlo, acusándolo de manera ruda y ofensiva de aceptar las órdenes del ministro de la Guerra en lugar de las del propio Paredes, que era su comandante; entonces lo amenazó con licenciarlo, gritándole que sabía bien cómo hacerse obedecer y que no temía a nadie, incluido el mismo Santa Anna. Salas protestó por ese comportamiento insultante y le manifestó que dimitiría.

Después de ese iracundo y ruidoso enfrentamiento, que terminó hacia la medianoche del 7 de marzo, Paredes se fue a su casa.<sup>28</sup> Al otro día, después de reunir a las autoridades de la ciudad, incluidos los miembros del concejo, tomó posesión formal de su puesto de gobernador a las 12:00 del día. Menos de tres horas después, el gobierno expidió la orden de destituirlo de ambos puestos y ponerlo bajo arresto domiciliario.<sup>29</sup> La nueva se extendió rápidamente por toda la ciudad y, naturalmente, causó sensación. Un diario comentó: “El público todo de la capital está pendiente del desenlace de este grave e inesperado suceso”.<sup>30</sup>

Lo que en realidad había pasado era que, a la mañana siguiente, el 8 de marzo, Salas se había presentado en palacio para quejarse formalmente contra Paredes, acusándolo de abuso personal y de utilizar un lenguaje insultante contra el

<sup>28</sup> Este relato de los movimientos y la conducta de Paredes se basa en los *sumaria* o pruebas recogidas por los investigadores militares en la época. El texto completo de los *sumaria*, incluidas las declaraciones de Salas y varios testigos, fue publicado en *El Siglo XIX* (5 abr. 1843) y en *El Cosmopolita* (12 abr. 1843).

<sup>29</sup> Correspondencia “J. M. Tornel-Paredes y Arrillaga” (8 mar. 1843), en *El Cosmopolita* (15 mar. 1843). Tornel afirmaba que el cargo que se le hacía era “una falta grave contra la dignidad del gobierno”.

<sup>30</sup> *El Siglo XIX* (9 mar. 1843).

presidente. Santa Anna aceptó el relato de Salas y ordenó la destitución y el arresto de Paredes y que las autoridades militares llevaran a cabo una indagación completa del incidente.

El fiscal militar fue el general Ventura de Mora, quien inmediatamente inició la investigación, entrevistando a Salas, a los otros soldados que presenciaron la escena en el cuartel y a los dos oficiales de la guardia de Santa Anna en palacio. En su declaración, Salas ratificó su afirmación de que Paredes estaba ebrio y había perdido el control y de que los había insultado a él y a Santa Anna. Tres de los testigos presentes en el cuartel confirmaron los aspectos básicos de la declaración de Salas, pero afirmaron que estaban demasiado lejos como para poder confirmar que Paredes estuviese intoxicado. Los capitanes Campuzano y Nieves describieron el comportamiento de Paredes en palacio. Esas declaraciones fueron tomadas el 8 de marzo; después, Ventura de Mora fue a interrogar a Paredes a la casa de éste. Paredes no negó que hubiese ido a palacio o al cuartel del regimiento de Celaya, pero proporcionó una versión muy diferente de lo que había ocurrido. Había ido a palacio, dijo, a solicitud de Tornel, quien le había dicho que temía que estuviese a punto de iniciarse un intento de golpe. Después de dejar a Tornel, había ido a verificar que Santa Anna estuviese adecuadamente protegido, sólo para encontrarse con que Campuzano, el capitán de la guardia, ya estaba acostado, por lo que lo había reprendido. Después, dijo, se había dirigido al cuartel, y aunque admitió que había tenido un airado intercambio de palabras con Salas, quien se había mostrado insolente, insistió en que sus propias palabras habían sido mal interpretadas. No había tenido la intención de insultar a Santa Anna ni a nadie más. Por lo demás, afirmó, la acusación de Salas era dolosa y se debía a que éste lo había odiado desde un incidente que se produjo entre ellos en 1825. Él no estaba ebrio y se encontraba en completo control de sus facultades mentales. Finalmente, Barasorda fue interrogado y confirmó la sobriedad de Paredes, pero dijo que no había alcanzado a oír la conversación con Salas.

El expediente con las declaraciones fue entregado por Ventura de Mora al auditor militar, José Ramón de la Peza. Éste examinó debidamente las pruebas presentadas y llegó a la

conclusión de que Paredes parecía culpable de los cargos, por lo que recomendó que debería convocarse una corte marcial. Su opinión y el expediente fueron entregados al general Valentín Canalizo, quien había remplazado a Paredes como comandante general; Canalizo envió todo el expediente a Tornei el 13 de marzo. Santa Anna revisó las pruebas, pero optó por no emitir juicio alguno; en cambio, ordenó a Canalizo que él decidiera qué acción debía emprenderse, y éste, a su vez, remitió el asunto de vuelta a Peza y a Ventura de Mora. Peza sostuvo su opinión de que debía convocarse una corte marcial, pero Ventura de Mora llegó a la conclusión, el 16 de marzo, de que lo que Paredes había cometido era “un acto de imprudencia e indiscreción” y de que no había bases suficientes para proceder porque no podía demostrarse el propósito criminal.<sup>31</sup>

Paredes permaneció bajo arresto domiciliario mientras se llevaba a cabo el proceso judicial, pero pudo pasar el tiempo escribiendo cartas para contar a sus amigos de Guadalajara lo que había ocurrido. El día de su arresto escribió a José María Jarero, a quien había dejado como gobernador en funciones en Guadalajara, y éste empezó inmediatamente a reunir apoyos en la ciudad.<sup>32</sup> El Concejo dirigió una exposición a Santa Anna en la que hacía énfasis en la excelente obra que Paredes había hecho como gobernador; a ello siguió una apelación similar del capítulo de la catedral.<sup>33</sup> La prensa local urgió a Santa Anna a que lo pusiera en libertad y un sacerdote, Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, aseguró a Paredes que la opinión pública estaba definitivamente de su parte.<sup>34</sup> Otro amigo le confirmó el apoyo popular y añadió que su arresto “le ha granjeado más crédito y renombre que si hubiera gana-

<sup>31</sup> Todas las declaraciones, opiniones legales, etcétera, se encuentran en los *sumaria*, publicados por *El Cosmopolita* (12 abr. 1843).

<sup>32</sup> Correspondencia “J. M. Jarero-Paredes y Arrillaga” (18 mar. 1843), en GARCÍA, 1974, pp. 52-53; correspondencia “Paredes y Arrillaga-B. Quijano” (18 mar. 1843), en García Collection, Paredes y Arrillaga Papers, 140/28.

<sup>33</sup> *El Siglo XIX* (28 mar. 1843); GARCÍA, 1974, pp. 53-55.

<sup>34</sup> *El Globo Federal* (16 mar. 1843), reimpreso en *El Siglo XIX* (28 mar. 1843); correspondencia “M. de San Juan Crisóstomo-Paredes y Arrillaga” (14 mar. 1843), en GARCÍA, 1974, pp. 51-52.

do diez batallas, a la vez que Santa Anna ha perdido enormemente de concepto”<sup>35</sup>.

Cuando recibió la opinión revisada de los investigadores militares, Santa Anna decidió, o bien reflexionar sobre la situación algunos días más, o bien mantener en suspenso a Paredes durante algún tiempo. Después se hizo el anuncio de que Paredes había sido removido de la junta de notables y de que permanecía bajo arresto.<sup>36</sup> Finalmente, debido quizá a las apelaciones por Paredes y después de una evaluación de la reacción pública en Guadalajara, Santa Anna decidió no proseguir con los cargos y que Paredes fuese puesto en libertad. La orden de su liberación fue dada el 25 de marzo, sin que se emitiera veredicto alguno de culpabilidad o inocencia.

Como siempre, Santa Anna continuó haciendo lo inesperado. Después de haber humillado públicamente a Paredes, empezó, públicamente también, a tratar de efectuar una reconciliación. El 30 de marzo le renovó el ofrecimiento de un lugar en la junta de notables, pero Paredes lo rehusó al día siguiente, pretextando su aún quebrantada salud. El ofrecimiento fue repetido y nuevamente rehusado el 5 de abril, por lo que Santa Anna decidió finalmente poner a Paredes en su lugar por interpósita persona. Utilizando términos totalmente inequívocos, Tornel le envió una carta que constituía un claro reproche y una crítica a su honor en cuanto soldado y patriota. Había, le decía Tornel, rechazado la oportunidad de servir a la nación en el campo de batalla en Yucatán y rehusado dos veces la invitación a servir en la junta de notables. En vista de su actitud, el gobierno había decidido que debía abandonar la capital y presentarse en el cuartel de Toluca.<sup>37</sup>

Dado lo que le había ocurrido durante las semanas precedentes, bien podemos imaginar cómo reaccionó Paredes

<sup>35</sup> Correspondencia “J. Palomar-Paredes y Arrillaga” (24 mar. 1843), en GARCÍA, 1974, pp. 56-57. Otro amigo aconsejó a Paredes que emigrara a España; véase la correspondencia “F. Martínez Negrete-Paredes y Arrillaga” (21 y 28 mar. 1843), en García Collection, Paredes y Arrillaga Papers, 140/253, 271.

<sup>36</sup> *El Siglo XIX* (23 mar. 1843).

<sup>37</sup> Correspondencia “José María Tornel-Paredes y Arrillaga” (5 abr. 1843), en *El Siglo XIX* (8 abr. 1843).



cuando recibió la carta de Tornel; al día siguiente envió su respuesta.<sup>38</sup> Evidentemente, el gobierno creía, escribió, que no era apto para el servicio activo y deseaba privarlo no sólo de su reputación sino incluso de la compañía de su familia. Era falso afirmar que había rehusado ir a Yucatán, porque fueron las órdenes del gobierno lo que le había impedido hacerlo, ya que, de hecho, había sido relevado de ese mando con su nombramiento como gobernador y comandante general de México. No obstante, obedecería sus órdenes e iría a Toluca.

La reacción de la prensa a toda esa extravagante secuencia de acontecimientos había sido un mutismo desusado, debido quizá a que, naturalmente, la prensa pro gobiernista apoyaba a Santa Anna y a que Paredes tenía, si acaso, pocos amigos entre los editores de los diarios liberal-federales.<sup>39</sup> Además, el espectáculo que ofrecían los dos principales oficiales militares del país, aliados estrechos hasta hacía poco, empeñados en tal enfrentamiento público cada vez más áspero era una experiencia nueva que, sin duda alguna, provocaba muchos comentarios en los salones y bares de la capital. La estupefacción del público quedó bien reflejada, creemos, en el siguiente comentario de uno de los periódicos:

Hoy se pregunta: ¿quién tuvo razón, quién tuvo justicia? ¿El supremo gobierno?, ¿el Sr. Salas?, ¿o el Excmo. Sr. Paredes?

¿Habrá sucedido aquello de “todos enredados y ninguno con razón”? Porque, en efecto, nadie esperaba que la diversa o variada colocación de las palabras, cambiando la naturaleza de unos mismos conceptos, que un juego de sintaxis gramatical decidiese como por encanto de un negocio grave en sí y en sus consecuencias y que esta misma decisión fuera el resultado del parto de los montes.<sup>40</sup>

Puntualmente, Paredes fue a Toluca; pero si creyó que se le permitiría lamer en paz sus heridas, se equivocó lamenta-

<sup>38</sup> Publicada en *El Siglo XIX* (8 abr. 1843).

<sup>39</sup> Los editores de *El Siglo XIX* hicieron notar en su publicación del 27 de marzo que el único comentario de prensa sobre el asunto había aparecido en un diario de Guadalajara.

<sup>40</sup> *El Estandarte* (8 abr. 1843); reimpresso en *El Siglo XIX* el 10 abr. 1843.

blemente. Después de haber anulado los aumentos de salario para varios grupos de empleados gubernamentales, de haber decretado un aumento en todo tipo de impuestos —incluido el 20% de incremento sobre los derechos de importación— y un impuesto sobre la venta de casas y después de obligar a las personas nombradas para algún puesto a hacer un préstamo forzoso —lo que había provocado una protesta—, parece ser que Santa Anna se volvía cada vez más paranoico, pues veía conjuras y revueltas en su contra en cada esquina. A las 8:00 de la noche del domingo 30 de abril expidió órdenes, cumplidas inmediatamente en la capital, para el arresto de varios de los más eminentes dirigentes políticos del país, en especial el general Manuel Gómez Pedraza, Mariano Riva Palacio, Mariano Otero y José María Lafragua, bajo el cargo de fraguar una revuelta en su contra.<sup>41</sup> Las pruebas en que se basaron esos arrestos, y muchos otros que siguieron, resultaron ser tan sólo anónimos y conversaciones escuchadas por casualidad, pero esos detalles no interesan a nuestro tema actual.<sup>42</sup> Lo que sí nos interesa es que, incluida entre las órdenes de arresto del 30 de abril, se encontraba nada menos que la de Paredes, quien, una vez más, ahora en Toluca, se vio privado de su libertad.<sup>43</sup>

No se sabe con precisión lo que ocurrió en su caso, pero parece que fue llevado una vez más al palacio del arzobispado de Tacubaya para ser entrevistado y humillado nuevamente por Santa Anna. Uno de los ayudantes de campo del presidente era Manuel María Giménez, quien consigna en sus memorias que él y Tornel se encontraban en una habitación contigua cuando Paredes y Santa Anna se entrevistaron y que alcanzaron a oír lo siguiente:<sup>44</sup> Santa Anna exhibió documentos inculpativos que, supuestamente, demostraban que Paredes estaba conspirando en su contra. Paredes los leyó y, por su-

<sup>41</sup> *El Cosmopolita* (3 y 6 mayo 1843).

<sup>42</sup> Existe una copia manuscrita de los *sumaria* relacionados con su caso en García Collection, 449, bajo el título "Prisión de los Sres. Pedraza, Riva Palacio, Lafragua y Otero".

<sup>43</sup> MALO, 1948, p. 222.

<sup>44</sup> "Memorias del coronel Manuel María Giménez (1798-1878)", en GARCÍA, 1974, pp. 399-400.

puesto, se mostró perturbado. Santa Anna le preguntó qué habría hecho él si la situación hubiese sido la inversa, esto es, si Paredes hubiese sido el presidente y Santa Anna el acusado. Paredes replicó que lo habría hecho fusilar. Santa Anna continuó zahiriéndolo y terminó diciéndole que ni lo haría fusilar ni le haría daño alguno, pero que debía abandonar la capital e ir adonde él eligiese. Paredes dijo que iría a Toluca y besó la mano del presidente.<sup>45</sup>

Paredes dejó la capital al día siguiente. Si creyésemos que no estuvo involucrado en conjura alguna y que Santa Anna no le mostró pruebas de que así era, podemos suponer que se sentía muy enfurecido y desilusionado. Había perdido todo por cuanto había luchado a lo largo de su carrera y, ahora, a la edad de 46 años, se veía deshonrado públicamente por el hombre a quien había ayudado a ascender al poder. Su reputación personal de hombre probo, fervoroso y de elevados principios, pilar de la comunidad, estaba hecha añicos y se veía estigmatizado como ebrio. Había perdido, en fin, la gubernatura y el mando militar de Jalisco, su asiento en la junta de notables y sus prestigiosos puestos de gobernador y comandante general de México. Pero lo más importante para él en cuanto oficial militar de carrera fue que su honor como soldado había sido mancillado y, para añadir el insulto al agravio, había sido acusado de perfidia.

Su exilio en la oscuridad en Toluca se prolongó hasta octubre de 1843. Aunque no se sabe quién fue el iniciador, unas semanas antes había sostenido una entrevista con Santa Anna, quien le dijo que iba a hacerlo senador.<sup>46</sup> El 2 de octubre Paredes decidió tragarse su orgullo e hizo una apelación para ser liberado, alegando el deterioro de su salud. Santa Anna respondió dos días después; le decía que se sentía agradecido de haber recibido la carta el día 2 y que había enviado a uno de sus ayudantes a Toluca para informarse sobre su salud y ofrecerle sus servicios. Le complacía haber sabido esa misma mañana que su salud había mejorado, y había dado órdenes

<sup>45</sup> Bustamante también relata el incidente; véase BUSTAMANTE, 1986, p. 306.

<sup>46</sup> Correspondencia "F. Martínez Negrete-Paredes y Arrillaga" (18 ago. 1843), en GARCÍA, pp. 64-65.

para que se le permitiera el regreso a la capital. También había girado instrucciones para que se le entregaran 500 pesos. Finalmente, en una postdata escrita de su puño y letra añadía que, como se lo había prometido, lo había nombrado senador.<sup>47</sup>

Dado lo ocurrido cuando ya antes Santa Anna lo había invitado a la capital, es sorprendente que Paredes aceptara el ofrecimiento de ser senador. Para entonces ya había escrito a sus amigos y les había comunicado que pensaba retirarse y dedicarse a la vida familiar en el campo pero, en cambio, una vez liberado en Toluca, se instaló en la ciudad de México y asistió, aunque de modo intermitente, al Senado. Sin embargo, cesó toda correspondencia con Santa Anna durante los siete meses siguientes. El silencio era ominoso, y Santa Anna debe de haberlo sabido. Entonces, para sorpresa de éste, Paredes decidió restablecer la comunicación entre ellos y le escribió, el 15 de mayo de 1844, en un intento evidente por defender su carrera como soldado y su conducta a partir de 1841. La respuesta de Santa Anna fue aún más altanera y cortante de lo acostumbrado. Lo complacía, afirmaba, que finalmente se hubiese roto el silencio porque lo había apesadumbrado mucho el no recibir una sola palabra durante tanto tiempo, ni siquiera una felicitación por su elección a la presidencia; pero sabía, continuaba diciendo Santa Anna, que Paredes seguía siendo un amigo y un patriota partidario de su gobierno y que no había creído todos los rumores que había oído en contrario. Además, afirmaba, no había habido necesidad de que justificara su conducta, puesto que él nunca había dudado de su lealtad y por eso le había pedido que fuese a la capital a hacerse cargo de la presidencia. Aceptaba su afirmación en el sentido de que no había tenido la intención de dañar al gobierno o a él mismo y que todo se reducía a “una indiscreción [que] le hizo verter voces que se interpretaron de un modo poco favorable a su persona”. Por ende, conservaba su afecto por él y mantenía la misma estima por su capacidad, la cual lo había persuadido, desde su cooperación en Zacatecas en 1835, de fa-

<sup>47</sup> Correspondencia “Santa Anna-Paredes y Arrillaga” (4 oct. 1843), en GARCÍA, 1974, pp. 68-69.

vorecerlo con la insignia de general brigadier y de hacerlo comandante general de Jalisco.<sup>48</sup>

Seguramente el tono condescendiente y los regañños protectores de la carta no hicieron nada para convencer a Paredes de que olvidara el pasado, como le urgía a hacerlo Santa Anna. Unas semanas más tarde rompió sus últimos lazos con el régimen al insistir en renunciar a su escaño en el Senado, pretextando nuevamente su salud quebrantada.<sup>49</sup> Por supuesto, Santa Anna comprendió que Paredes no lo había perdonado y, acosado por todos lados por la creciente oposición, supo que éste sería el centro de una revuelta en su contra. Así, intentó una última maniobra para retirarlo de la escena política: ordenó que se hiciera cargo de la gubernatura y el mando militar del distante departamento norteño de Sonora. En la jerarquía militar, un puesto en Sonora constituía una degradación, por lo que el mensaje era claro. Era, como escribió a Paredes uno de sus amigos, “el último golpe dado a tu amor propio y el colmo del desprecio de tus servicios”.<sup>50</sup>

Paredes aprovechó la oportunidad para abandonar la ciudad de México y regresó a Guadalajara, a su familia y amigos, a principios de octubre. Inmediatamente empezaron a circular rumores en el sentido de que estaba preparándose para dirigir una revuelta y, aunque mantuvo las apariencias escribiendo respetuosas cartas a Santa Anna, por el resto de su correspondencia es evidente que los rumores estaban bien fundamentados. Por fin, el 2 de noviembre de 1844 lanzó su *Pronunciamiento*, y así se inició la secuencia de acontecimientos que condujeron a la humillación y el exilio de Santa Anna y, además, a la propia elevación de Paredes a la presidencia en 1846. Paredes había logrado su venganza.

Como ocurre a menudo cuando se estudia esa confusa época de la historia de México, muchas preguntas acerca de ese extraño episodio siguen sin respuesta. Cuando Paredes aban-

<sup>48</sup> Correspondencia “Santa Anna-Paredes y Arrillaga” (23 mayo 1844), en GARCÍA, 1974, pp. 69-70.

<sup>49</sup> Correspondencia “Paredes y Arrillaga-Senado” (23 jul. 1844), en GARCÍA, 1974, p. 71.

<sup>50</sup> Correspondencia “J. V. Amador-Paredes y Arrillaga” (12 oct. 1844), en GARCÍA, 1974, pp. 81-82.

donó la reunión con Santa Anna y Valencia en Tacubaya en 1841, ¿salió insatisfecho con su recompensa y fue ése el origen de su hostilidad hacia Santa Anna? ¿Creyó Santa Anna que Paredes estaba volviéndose demasiado poderoso en Jalisco en 1842 y, por lo tanto, lo atrajo deliberadamente a la capital con el ofrecimiento de la presidencia interina? ¿Planeó Santa Anna humillar públicamente a Paredes? ¿Se invitó a beber a Paredes para provocar su espectacular caída la noche del 7 de marzo de 1843?<sup>51</sup> Además de estas interrogantes específicas, el episodio revela otras áreas que requieren una investigación más a fondo, en especial de las relaciones, enemistades inveteradas y rivalidades personales entre la generación de jóvenes y ambiciosos oficiales del ejército que hicieron su carrera después de 1821. A continuación ofrecemos algunos ejemplos: Paredes atribuyó la acusación de Salas en su contra a una vieja animosidad surgida de un incidente entre ellos en 1825. Se dice que Tornel sentía antipatía personal por Paredes y que Valencia era un personaje reputado como áspero y desagradable. El propio Santa Anna se cuidaba siempre de recordar a sus colegas episodios de sus carreras en los que sus caminos se habían cruzado, momentos en que los había ayudado o apoyado o favores personales que le debían; había dicho a Paredes que su intervención personal fue lo que había permitido a éste fomentar su carrera y “darse a conocer en la escena política y adquirir una buena reputación entre sus conciudadanos”, y continuaba: “Ni yo he olvidado esto, ni U. tampoco creo que lo olvide”.<sup>52</sup>

Consecuentemente, aunque sin duda alguna es cierto que deben tomarse en consideración las presiones sociales y económicas implícitas cuando se intenta explicar la política pretoriana de la época de Santa Anna, como lo señaló el profesor Van Young, también es cierto que, en ocasiones, fueron igualmente importantes ciertos factores más bien individualistas y personales.<sup>53</sup> Sabemos con certeza que, en sus propias memorias, escritas mucho tiempo después de los aconteci-

<sup>51</sup> Robertson sugiere que Paredes fue víctima de un “complot”; véase ROBERTSON, 1955, p. 156.

<sup>52</sup> GARCÍA, 1974, pp. 69-70.

<sup>53</sup> VAN YOUNG, 1985, 65, pp. 725-743.

mier tos reseñados, Santa Anna atribuyó la revuelta de Paredes en su contra a la amargura personal y a un deseo de venganza por lo que había ocurrido esa noche. Santa Anna escribió: "Paredes pretendía vengarse. Fue depuesto de los mandos político y militar del Distrito de la capital por excesos de embriaguez ante tropa formada, y guardaba rencor".<sup>54</sup> Es totalmente plausible, por ende, que las carreras de Paredes y Santa Anna, y seguramente el curso de la historia mexicana, se hayan visto directamente afectadas por el hecho de que, en la noche del día 7 de marzo de 1843, el devoto, respetable y pendenciero general Mariano Paredes y Arrillaga haya tomado una copa de más.

Traducción de Mario Zamudio

#### REFERENCIAS

ARANGOIZ, F. de P.

1968 *México desde 1808 hasta 1867*. México.

BANCROFT, H.H.

1887 *Historia de México*. San Francisco, v.

BUSTAMANTE, Carlos María

1986 *Apuntes para la historia del gobierno del general don Antonio López de Santa Anna*. México, Fondo de Cultura Económica.

CALDERÓN DE LA BARCA, Marquesa de (Frances Erskine Inglis)

1970 *Life in Mexico*. Londres.

COSTELOE, Michael

1988 "The Triangular Revolt in Mexico and the Fall of Anastasio Bustamante, August-October 1841", en *Journal of Latin American Studies* (20).

(en prensa) "Generales versus Politicians. Santa Anna and the 1842 Congressional Elections in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research*.

<sup>54</sup> Santa Anna, "Mi historia militar y política", en GARCÍA, 1974, página 26.

CUEVAS, Mario

- 1940 *Historia de la nación mexicana*. México, Talleres Tipográficos Modelo.

GARCÍA, Genaro

- 1974 *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. México, vol. 56.

MALO, José Ramón

- 1948 *Diario de sucesos notables (1832-1853)*, México, Ed. Porrúa.

PRIETO, Guillermo

- 1958 *Memoria de mis tiempos*. México, Patria, vol. II.

REYES HERÓLES, Jesús

- 1974 *El liberalismo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, vol. II.

RIVERA CAMBAS, Manuel

- 1965 *Los gobernantes de México*. México, Citlaltépetl, vol. V.

ROBERTSON, F. D.

- 1955 "The Military and Political Career of Mariano Paredes y Arrillaga, 1797-1849". Tesis de doctorado, Universidad de Texas.

SOTO, M.

- 1983 "The Monarchist Conspiracy in Mexico, 1845-1846". Tesis de doctorado, Universidad de Texas.

THOMPSON, W.

- 1846 *Recollections of Mexico*. Nueva York-Londres.

YOUNG, E. van

- 1985 "Recent Anglophone Scholarship on Mexico and Central America in the Age of Revolution (1750-1850)", en *Hispanic American Historical Review*, 65, pp. 725-743.